



DESORDEN Y TRANSGRESIÓN EN EL MUNDO ANTIGUO

La coordinación del dossier “Desorden y transgresión en el mundo antiguo” ha significado para mí un reto importante, ya que *Lectora* incluye así por primera vez un dossier monográfico sobre estudios de mujeres y género en la antigüedad, con el que abre sus puertas a futuras colaboraciones en este ámbito del conocimiento. En la invitación a participar en él, nos preguntábamos si las mujeres antiguas, procedentes de espacios y tiempos diversos, se sirvieron de prácticas transgresoras para poder estar en el mundo de una manera distinta a la que había sido pensada para ellas: ¿en qué medida las categorías identitarias incidieron en esas conductas? ¿Se percibe alguna relación entre el quebrantamiento femenino de las normas patriarcales y el desorden social, o es una recreación estereotipada del imaginario masculino? Los escritos inéditos recopilados en este dossier son la respuesta a nuestra invitación. Sus protagonistas son mujeres —históricas y de ficción— que configuran un variado repertorio de identidades femeninas, pertenecientes a periodos históricos y culturales distintos pero de edad adulta y sobre todo de la clase dirigente. Estos ensayos ponen de manifiesto cómo a lo largo de la historia los recursos materiales y la formación, estrechamente vinculados a la clase y al estatus, han servido a las mujeres como instrumentos para decidir y actuar frente a un mundo que a menudo les es hostil por el hecho de ser mujeres. Son mujeres a las que conocemos a través de obras de autoría masculina en las que siempre aparecen en relación a un varón notable y que reflejan un mundo, que si bien está regido por normas y preceptos destinados tanto a los hombres como a las mujeres, está ordenado según un principio jerárquico de dominio masculino. Sin embargo, esas mismas fuentes dejan entrever que a veces las cosas no eran como se creía que tenían que ser. Es entonces cuando adquieren protagonismo las mujeres estudiadas —muchas de ellas anónimas— cuando sus acciones y su conducta se desvían de la norma e incluso la contravienen.

A pesar del carácter moralizante y pedagógico de la mayoría de las fuentes escritas, su lectura atenta permite vislumbrar la resistencia y la acción de algunas féminas del pasado —real o mítico— frente al control masculino de sus cuerpos y

la negación de su deseo, y ante la palabra y la política, los pilares del poder establecido. ¿No son acaso las acusaciones de adulterio contra las egipcias anónimas, documentadas, en los textos jurídicos, y estudiadas por Marc Orriols, evidencias de que el deseo y el placer sexual femeninos pudieron ser más fuertes que las enseñanzas interiorizadas a través de la socialización? ¿No aflora acaso el deseo por el amor y el placer sexual en la conducta de las matronas romanas que se declararon prostitutas y prefirieron ser consideradas infames con tal de esquivar los efectos de la ley, que castigaba con mayor severidad el adulterio, como señala Rosa María Cid en su texto? El pasaje de Herodoto sobre la prostitución sagrada en Babilonia, estudiado por esta autora, ilustra cómo el deseo sexual masculino de poseer cuerpos “puros” e intactos —fuera del matrimonio— no poseídos aún por ninguno de sus congéneres, era un derecho de hombría, legalizado a través del ritual y el dinero, que en absoluto alteraba el orden social.

Dada su pertenencia a la clase dirigente, la mayoría de esas mujeres dispusieron de riqueza y formación y supieron utilizarlas como instrumentos para interaccionar en espacios de poder que no habían sido pensados para ellas, aunque a menudo fuera para defender los intereses de sus parientes varones. Riqueza y formación son instrumentos indispensables para la acción, que los autores clásicos enmascaran con la seducción y la persuasión, consideradas las armas femeninas por excelencia y asociadas de forma estereotipada a las mujeres que intervenían en los asuntos públicos. Este es el caso ejemplar de Clodia, aristócrata de la república romana tardía, recordada por Francesca Cenerini, y el de Aretafile de Cirene, protagonista del escrito de María Dolores Mirón. La importancia de saber leer y escribir aparece con fuerza en el mito polisémico de Filomela y Procne, analizado por Amparo Pedregal. La autora destaca cómo esta capacidad permite a ambas hermanas comunicarse y, en consecuencia, rebelarse contra el maltrato que significa la negación de la palabra y el dominio masculino de su cuerpo. Ambas fraguan una venganza en la que, de manera subversiva, cumplen con sus funciones de género: después de asesinar al hijo del maltratador de Filomela, cocinan su cuerpo y se lo sirven al padre en un banquete ritual.

El juego de enmascarar y descalificar las acciones públicas femeninas acude a menudo al argumento del supuesto descontrol sentimental de las mujeres, que se consideraba peligroso porque podía desestabilizar el orden social e incluso provocar la guerra, que es el acontecimiento que mejor se identifica con la fuerza, la violencia y el poder masculinos. Ejemplo de ello son los celos de Fulvia personaje recordado también por Francesca Cenerini, a cuya responsabilidad se atribuyen varios conflictos bélicos desencadenados en Italia y relacionados con los intereses políticos y militares de su esposo Marco Antonio, ausente por encontrarse en Egipto durante el gobierno de la reina Cleopatra VII.

En el ámbito de las acciones públicas, muchas de esas mujeres actúan en el filo de la transgresión. Algunas lo sobrepasan y por ello son descalificadas y

vituperadas; a otras se las tolera y no reciben crítica alguna por sus intervenciones que, incluso, son valoradas. Pero en estas historias narradas, sean reales o de ficción, se hace evidente que el poder ejecutivo es el límite para la acción en femenino y que este es el ámbito indiscutible de la masculinidad. Así lo explicita el relato moralizante sobre Aretafile de Cirene que, después de haber actuado por el bien de la comunidad cívica, renuncia al poder y vuelve al ámbito doméstico, expresado simbólicamente en su retorno a los telares.

Las fuentes históricas y literarias referentes a las reinas seleúcidas y lágidas, estudiadas por Anne Bielman, son documentos excepcionales para conocer las posibilidades que los diferentes sistemas dinásticos de época helenística ofrecían a las mujeres para participar en el juego político. También son valiosos para analizar las estrategias y los medios utilizados por las reinas para intervenir en la esfera del poder, que transgredían los límites de lo imaginable cuando osaban mostrarse en posesión de la autoridad real, sin acompañante masculino. Las fuentes tienden a relacionar esta osadía con la muerte violenta de la mujer, como en el caso de Cleopatra Thea. Escribe Anne Bielman en su contribución al dossier: “dans le monde grec, on ne connaît qu’un seul exemple historique de ce qui pourrait s’apparenter à un discours de femme: Arsinoé III, la sœur-épouse du roi lagide Ptolémée IV” (51). Esta constatación ilustra cómo la negación a las mujeres de la comunicación oral y pública —es decir, no mediada—, es un modo de control sobre la expresión política femenina y evidencia la gran fuerza de la palabra en política, indisolublemente ligada al poder supremo.

Los relatos, hechos y acontecimientos recordados en los escritos que componen el dossier ilustran que la mayoría de sus protagonistas llevaron a cabo acciones públicas, en momentos históricos de cambio o de inestabilidad política que abrieron intersticios para la acción femenina. En sus acciones, sin embargo, no se aprecian consecuencias manifiestas asociadas al caos de la sociedad. Son mujeres, como sucede en la historia de Damócrite de Esparta, que deciden actuar ante el desequilibrio social que significan el ultraje y la injusticia contra su familia. Esta heroína, que brilla con luz propia en el ensayo de Pauline Schmitt Pantel, incide en el devenir de la comunidad cívica espartana, alterada por el mal gobierno de los magistrados, mediante una serie de acciones políticas, teñidas de violencia extrema. Damócrite representa los valores masculinos del buen ciudadano y su gesto político, encaminado a restaurar el orden, la hace merecedora de morir como un varón, mediante la espada.

Finalizaré esta presentación remitiéndome al ensayo de Marta González, en el que se pone de manifiesto que el sesgo androcéntrico de los textos antiguos, junto a los prejuicios que suelen empañar la investigación de los afectos y del homoerotismo femenino, enmascaran formas de relación distintas a los patrones establecidos por los sistemas masculinos. En su escrito, Marta González otorga visibilidad a la relación de reciprocidad y lealtad entre mujeres mediante la reinterpretación de las palabras que Eutila dedica a su amiga y compañera Biote,

expresadas en un precioso epitafio griego de finales del siglo V a. C. y que la autora compara con la iconografía de dos mujeres representadas en otra estela fúnebre de mediados del mismo siglo.

MARIA DOLORS MOLAS FONT
Universitat de Barcelona

